

Capítulo 11

La Biblia: del descrédito a la victoria

([índice](#))

Apocalipsis 11:1-6: Entonces me fue dada una caña semejante a una vara de medir y se me dijo: “Levántate y mide el templo de Dios y el altar y a los que adoran en él. Pero el patio que está fuera del templo déjalo aparte y no lo midas, porque ha sido entregado a los gentiles. Ellos hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses. Y ordenaré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos con ropas ásperas”. Estos testigos son los dos olivos y los dos candelabros que están de pie delante del Dios de la tierra. Si alguno quiere dañarlos, sale fuego de la boca de ellos y devora a sus enemigos; si alguno quiere hacerles daño, debe morir de la misma manera. Estos tienen poder para cerrar el cielo a fin de que no llueva en los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas, para convertirlas en sangre y para herir la tierra con toda plaga cuantas veces quieran.

El escrito original de Juan no estaba dividido en capítulos. En este capítulo continúa su visión profética relativa a la iglesia, y se le dice que observe atentamente el santuario de Dios en el cielo y preste atención a la obra de purificación del santuario, que prepara a un pueblo para encontrarse con Dios. Aquí estaba la clave que desveló el misterio del chasco del pueblo de Dios.

La orden no consistió en que midiera la longitud o la anchura del templo tal como haría un arquitecto, como tampoco la estatura física de los que adoraban. Se le ordenó que midiera la calidad de los adoradores. Un ángel proclama a todo el mundo: “¡Temed a

Dios y dadle gloria ... adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas!" (Apocalipsis 14:7).

Medirlos como adoradores implica medir su reverencia a Dios y su fe en él. Temer a Dios no significa tenerle miedo tal como temeríamos a un enemigo, sino apreciar su perdón por nuestros pecados: "En ti hay perdón para que seas temido" (Salmo 130:4, LBLA). Temer a Dios significa amarlo. Los impíos se convierten en bondadosos, no mediante el terror, sino porque han apreciado lo que le costó al Cordero de Dios perdonar su impiedad. Cuando alguien comprende que es un pecador, y cuando sabe que sus pecados le han sido perdonados por la sangre derramada de nuestro sumo sacerdote en el santuario celestial, lo único que puede hacer es amar a Dios. Quien ejerce "la fe que obra por el amor" (Gálatas 5:6) da la medida en esa evaluación como adorador.

Amar a Dios es guardar sus mandamientos, ya que "el cumplimiento de la Ley es el amor" (1 Juan 5:3; Romanos 13:10). En Apocalipsis 11:19 leemos que el pueblo de Dios ve en el santuario celestial "el arca de su pacto". En el interior del arca está la ley de Dios grabada en piedra con su propio dedo. Está como testimonio de que su ley de amor es el fundamento de su gobierno.

"El patio que está fuera" se refiere evidentemente a la mayor parte de la humanidad que no adora al Señor, y que no va a ser juzgada en ese momento. Solamente los que forman el pueblo de Dios han de ser medidos en ese juicio. Ellos son la clave en la historia de este mundo.

Los dos períodos de tiempo mencionados aquí son obviamente coincidentes. Según el cómputo bíblico el mes se compone de 30 días; por consiguiente, 42 meses es lo mismo que 1260 días. Ese mismo período de 42 meses aparece en Apocalipsis 12:6 expresado

como 1260 días. Vuelve a aparecer expresado como 42 meses en Apocalipsis 13:5, y expresado como tres años y medio (“**tiempos**”) en Daniel 7:25, Daniel 12:7 y Apocalipsis 12:14. Es evidente que Dios quiere asegurarse de que comprendamos ese período de tiempo; de no ser así, no lo mencionaría reiteradamente. Se trata del tiempo durante el cual la iglesia fue perseguida: del año 538 al 1798 de nuestra era.

Durante ese período de la Edad Media —el oscurantismo— la Biblia no era totalmente desconocida para la gente, pero estaba oculta y enterrada bajo una capa de superstición y tradiciones. Los “**dos testigos**” se refieren al Antiguo y el Nuevo Testamento de la Biblia, ya que el auténtico propósito de las Sagradas Escrituras es dar testimonio de la misericordia y de la verdad de Dios. Nuestro Dios nos ordena “**Escudriñad las Escrituras, porque ... ellas son las que dan testimonio de mí**” (Juan 5:39).

El profeta Zacarías vio cómo la Biblia proporciona al mundo la única luz verdadera. Se le presentaron en visión dos olivos cuyo aceite fluía por dos conductos de oro hasta el candelabro, también de oro (Zacarías 4:2-6 y 11-14). Es la Biblia, en su Antiguo y Nuevo testamentos, la que ha proporcionado luz a todas las naciones. “**La exposición de tus palabras alumbra**” (Salmo 119:130). “**Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino**” (Salmo 119:105).

Durante todas esas edades pasadas de persecución y opresión de la verdad, Dios no permitió que los enemigos del evangelio destruyeran completamente su Palabra. En los días de Elías la palabra de Dios cerró los cielos para que no lloviera durante tres años y medio. La misma palabra volvió a abrir los cielos de forma que volviera la lluvia para restaurar la tierra arruinada por la sequía. Esa misma palabra de Dios traerá las siete plagas postreras sobre la

tierra (Apocalipsis 16), y finalmente creará unos nuevos cielos y una nueva tierra (Apocalipsis 21).

Apocalipsis 11:7-10: Cuando hayan acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, los vencerá y los matará. Sus cadáveres estarán en la plaza de la gran ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, donde también nuestro Señor fue crucificado. Gentes de todo pueblo, tribu, lengua y nación verán sus cadáveres por tres días y medio y no permitirán que sean sepultados. Los habitantes de la tierra se regocijarán sobre ellos, se alegrarán y se enviarán regalos unos a otros, porque estos dos profetas habían atormentado a los habitantes de la tierra.

¿Quién es “la bestia que sube del abismo”? En la profecía bíblica una bestia simboliza un reino o nación. El “abismo” es el lugar que se llama espiritualmente Sodoma y Egipto, “donde también nuestro Señor fue crucificado”. Se trata de un poder maligno que no reconoce a Dios.

El faraón de Egipto dijo: “¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová” (Éxodo 5:2). Nos encontramos aquí con el ateísmo, la idea de que Dios no existe. Al observar la Europa del final de los 1260 años de la Edad Media, ¿vemos un poder ateo surgiendo de forma repentina? La historia acredita que Francia fue en verdad ese tipo de nación en aquel punto del tiempo. Por primera vez en la historia un gobierno responsable se proclamó ateo. Esa fue la raíz que está en el origen del ateísmo comunista tal como lo conocemos hoy. Stalin encontró allí su inspiración.

Una revolución amenazadora dio la vuelta al reino de Francia y dirigió su sangrienta energía contra lo que suponía que era la cristiandad. La gente común no era realmente la culpable de esa

comprensión errónea, ya que la iglesia popular en Francia había representado falsamente la religión de Jesús. Habiendo agotado su paciencia con la hipocresía de quienes profesaban ser representantes de Dios, el gobierno revolucionario de Francia, mediante un acto legislativo, declaró abolido el evangelio y la Biblia en toda Francia. Proclamó que la nación no reconocía a Dios. Así, los “dos testigos” —el Antiguo y el Nuevo testamentos— fueron “asesinados” en toda Francia. En una de sus ciudades la gente ató una Biblia a la cola de un burro, que la fue arrastrando por las calles.

Al mismo tiempo la legislatura estableció formalmente el derecho a la fornicación. Promocionaron el lema “aplasta al desgraciado”, refiriéndose a Cristo.

Y ciertamente, en Francia Cristo debió sufrir en la persona de sus santos. En una sola noche, algunos años antes de la Revolución, fueron asesinados de forma cruel y traicionera cincuenta mil creyentes que apreciaban la Biblia y que confiaban en Cristo para su salvación eterna. Es la conocida masacre de la noche de San Bartolomé. Francia fue ciertamente “la plaza ... donde también nuestro Señor fue crucificado”.

Ese era el espíritu del “abismo”. En la Revolución se confiscaron y quemaron las Biblias, se abolió la semana de siete días y se decretó cada décimo día como día de descanso profano. Se dijo de la muerte que era un sueño eterno. Se llamó “diosa de la razón” a una prostituta, que se expuso para la pública adoración.

Otras naciones cristianas se horrorizaron por lo que estaba haciendo Francia y condenaron aquella maldad. Cristianos de otras naciones se indignaron y se entregaron a la oración. Pero muchos mundanos e incrédulos encontraron placer en aquella terrible Revolución francesa. Francia había silenciado la voz de reprobación

de los dos testigos de Dios, cuya Palabra yacía muerta en las calles para júbilo de quienes aborrecían las restricciones y requerimientos de la ley divina. Las multitudes desafiaban públicamente al Rey el Cielo. Aquí hay una lección de interés para el mundo, incluyendo a los ateos de nuestros días.

¿Fue Francia bendecida por aquella guerra a la Biblia y por su odio hacia Cristo? Roma había tenido éxito en persuadir a los gobernantes franceses a que persiguieran y prohibiesen a los cristianos que amaban la Biblia. Siglo tras siglo hubo hombres íntegros y con principios, con agudeza intelectual y fuerza moral, que tuvieron el valor para confesar sus convicciones, y que tuvieron la fe para sufrir por la verdad. Estos hombres penaron durante siglos como esclavos en las galeras, y perecieron en la hoguera o se deterioraron en prisiones oscuras e inmundas. Miles y miles se pusieron a salvo huyendo, y eso duró por doscientos cincuenta años después de iniciada la Reforma.

Casi no hubo una generación de franceses durante ese largo período, que no fuera testigo de la huida de los discípulos del evangelio para escapar de la furia insensata del perseguidor, llevándose consigo la inteligencia, las artes, la industria y el orden que en general los distinguía, contribuyendo así a enriquecer a los países que los acogieron. En la medida en que enriquecían a otros países con sus preciosos dones, despojaban al suyo propio. Si hubieran permanecido en Francia todos los que la abandonaron; si durante aquellos trescientos años las habilidades de los exiliados hubieran estado fortaleciendo la estructura social de su país, si su genio creador y su capacidad analítica hubieran seguido enriqueciendo la literatura y cultivando las ciencias en Francia, si la sabiduría de aquellos hijos nobles se hubiera aplicado a dirigir sus asambleas, su valor se hubiera enfocando a pelear las batallas y su

equidad a formular las leyes; si se hubiera permitido a la religión de la Biblia dar sabiduría y dirección a las conciencias del pueblo, ¡qué inmensa gloria no tendría Francia hoy! ¡Qué grande, qué próspero y qué dichoso país no sería! Podría ser una nación modélica.

Pero el fanatismo ciego e inexorable expulsó de su suelo a todo instructor virtuoso, a los expertos en el orden y a los sinceros defensores del trono. Finalmente, la ruina del estado fue completa.

El evangelio habría proporcionado a Francia la solución a los problemas políticos y sociales que desafiaban la habilidad de su clero, de su rey y de sus legisladores, y que hundieron finalmente a la nación en la anarquía y la ruina. Pero bajo el dominio de Roma, el pueblo había perdido las benditas lecciones de sacrificio propio y de amor abnegado que dio el Salvador. Se los había desviado de la práctica de la abnegación y servicio a los demás. Nadie reprendía a los ricos por oprimir a los pobres, y a estos nadie les ayudaba en su servidumbre y degradación. El egoísmo de los ricos y poderosos se hacía más manifiesto y opresor. El rico perjudicaba al pobre, y el pobre detestaba al rico.

Despojada de la Biblia y abandonada a enseñanzas fanáticas y egoístas, la gente quedó envuelta en la ignorancia y la superstición, y también hundida en el vicio, de forma que era totalmente incapaz de gobernarse por sí misma.

La desdichada Francia cosechó con sangre lo que había sembrado. En el mismo sitio en que habían sido quemados los primeros mártires de la fe protestante en el siglo XVI, sufrieron la guillotina las primeras víctimas en el siglo XVIII. Habiendo rechazado el evangelio que le habría traído sanidad, Francia había abierto las puertas a la infidelidad y la ruina. Habiendo puesto a un lado las directrices de la ley de Dios se hizo evidente que las leyes humanas

eran incapaces de contener la marea poderosa de las pasiones, y la nación cayó en la revuelta y la anarquía. La guerra contra la Biblia inauguró una era que en la historia se conoce como “el reinado del terror”. La paz y la felicidad abandonaron los hogares y los corazones. Nadie se sentía seguro. El que hoy triunfaba, era considerado mañana como sospechoso y se lo condenaba. Nada frenaba la violencia y la pasión.

El rey, el clero y los nobles se debieron someter a las atrocidades de un pueblo agitado y enfurecido. Su sed de venganza aumentó cuando el rey fue ejecutado, y los mismos que habían decretado su muerte le siguieron pronto al cadalso. Se tomó la decisión de matar a todos los sospechosos de ser hostiles a la revolución. Las cárceles estaban repletas, llegando a albergar en cierto momento más de doscientos mil presos. Las ciudades estaban llenas de escenas de horror, y para agravar la situación miserable, la nación se vio envuelta en una guerra prolongada y devastadora con las potencias de Europa. El país casi estaba en bancarrota, el ejército reclamaba pagos atrasados, los parisinos morían de hambre, los bandidos habían saqueado las provincias, y la civilización casi se había extinguido debido a la anarquía y la conducta licenciosa.

Al fin había llegado el día de la retribución. Las acequias llevaban al Sena la sangre espumante de las víctimas mientras diariamente recorrían las calles de París carros repletos de condenados camino de su ejecución. Se veían grandes bandadas de cuervos y milanos que hacían su festín con los cadáveres desnudos que yacían unidos en siniestros abrazos. No había misericordia por el sexo o la edad. Se cuentan por centenares los adolescentes de ambos sexos que fueron asesinados por aquel gobierno execrable.

Los “tres días y medio” de tiempo profético son tres años y medio de tiempo literal. Es difícil determinar las fechas precisas en que

comenzó y terminó el “reinado del terror” contra la Biblia, pero algunos consideran desde noviembre de 1793 hasta junio de 1797. Por entonces el gobierno comprendió la terrible equivocación en que había incurrido, y se volvió a tolerar la religión. Los “dos testigos” habrían de ser honrados:

Apocalipsis 11:11-14: Pero después de tres días y medio el espíritu de vida enviado por Dios entró en ellos, se levantaron sobre sus pies y cayó gran temor sobre los que los vieron. Entonces oyeron una gran voz del cielo, que les decía: “¡Subid acá!” Y subieron al cielo en una nube, y los vieron sus enemigos. En aquella hora hubo un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se derrumbó. Por el terremoto murieron siete mil hombres. Los demás se aterrorizaron y dieron gloria al Dios del cielo. El segundo ay pasó. He aquí que el tercer ay viene pronto.

Aunque Voltaire y otros incrédulos habían predicho que la Biblia sería pronto un libro olvidado en todo el mundo, vemos ahora cómo las Escrituras “subieron al cielo en una nube, y los vieron sus enemigos”. La Biblia ha sido ciertamente exaltada desde el tiempo de la Revolución francesa. En 1804 se organizó la ‘British and Foreign Bible Society’ con el propósito de traducir y publicar las Escrituras en múltiples idiomas. En 1816 se organizó la ‘American Bible Society’ con el mismo propósito, y desde entonces la Biblia se ha traducido ya a más de mil idiomas y dialectos, y se está publicando ampliamente en todo el mundo.

El “gran terremoto” en el que “la décima parte de la ciudad se derrumbó” se cree que hace referencia al hecho de que la Revolución francesa supuso un cese del soporte de Francia al papado, hecho significativo teniendo en cuenta que el reinado original de los francos fue precisamente quien había establecido el poder político del papado.

Cuando Francia rechazó a Dios y desechó la Biblia públicamente, los malvados y los espíritus de las tinieblas estaban exultantes por haber conseguido lo que por tanto tiempo deseaban: un reino libre de las restricciones de la ley de Dios. Pero la transgresión de una ley justa y recta ha de llevar inevitablemente a la miseria y la ruina. Quienes habían escogido la rebelión cosecharon sus frutos hasta que la tierra se llenó de crímenes demasiado horribles para ser narrados. En las provincias asoladas y en las ciudades arruinadas se percibía un clamor angustioso de terror y amargura. Francia se estremecía como sacudida por un terremoto.

¡Dios haga que los gobernantes de nuestro mundo moderno no olviden jamás las lecciones de Francia!

Los capítulos 10 y 11 han sido un interludio que describe los eventos ocurridos entre el toque de la sexta trompeta y el de la séptima. Juan regresa ahora a la sucesión de las siete trompetas:

Apocalipsis 11:15-19: El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: “Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos”. Los veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios, diciendo: “Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres, que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder y has reinado. Las naciones se airaron y tu ira ha venido: el tiempo de juzgar a los muertos, de dar el galardón a tus siervos los profetas, a los santos y a los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra”. El templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se dejó ver en el templo. Hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y granizo grande.

Llegamos por fin al toque de la séptima trompeta, bajo la cual se transfiere la gobernanza de los reinos de esta tierra al gobierno del Cristo victorioso. Han fracasado todos los intentos por derrotar a Cristo de parte de Satanás y de la humanidad impía que lo sigue.

Nadie pondrá en duda que “[las naciones se airaron](#)”. Desde 1848 la ira y los recelos entre las naciones han sido la regla más bien que la excepción. Es especialmente cierto en nuestro siglo y los precedentes, que millones de personas perdieron la vida en dos guerras mundiales terribles y en infinidad de otras conflagraciones sangrientas. En el mundo persiste hoy el odio nacional y racial.

Pronto va a ser derramada una “ira” final en las siete plagas postreras. Gracias a Dios, quienes temen su nombre, grandes y pequeños, recibirán su recompensa de misericordia y salvación. Dice Jesús: “[He aquí, yo vengo pronto, y mi recompensa está conmigo para recompensar a cada uno según sea su obra](#)” (Apocalipsis 22:12, LBLA).

Juan observó el crimen de “[los que destruyen la tierra](#)”. ¿Cómo pudo predecir la crisis ecológica y el subsiguiente cambio climático en el mundo de nuestros días? Desde la existencia de la bomba atómica la humanidad vive bajo el temor latente a la destrucción irreversible. La conferencia de Ginebra para el desarme estima que hay una reserva de armamento nuclear de potencia equivalente a 15 toneladas de dinamita por cada habitante del planeta.

El programa para el Medio Ambiente de la Organización de las Naciones Unidas advierte de que un conflicto nuclear significaría la ruina del planeta. Mientras tanto continúa la carrera armamentística, con un gasto mundial de un millón de dólares cada minuto. La polución de la atmósfera está produciendo ya episodios de lluvia ácida que destruyen la vegetación, y que al dañar la capa

protectora de ozono propician con su efecto invernadero los cambios climáticos extremos.

Las naciones se han airado, pero ¡cuidado!, porque ahora es Dios quien va a desatar su ira. Mientras que el hombre arruina este bello planeta que fue creado para ser su hogar, Juan escribe en referencia a Dios: “[Tu ira ha venido](#)”. El mundo nunca la ha experimentado todavía.

En este momento de crisis, Juan llama una vez más nuestra atención al santuario que está en el cielo. En la ilustración del santuario hebreo el arca del pacto estaba en el segundo departamento o “[lugar santísimo](#)”. Se nos invita ahora a mirar allí, al lugar santísimo del santuario celestial en el que Cristo ministra como sumo sacerdote en su obra de expiación final. En medio de toda la inseguridad y angustia de este mundo que vive bajo la amenaza y el terror, mira a lo alto, al santuario. Allí verás a tu Salvador, al verdadero Cristo, ministrando su sangre derramada en tu favor a fin de lavarte y purificarte de todo pecado con el fin de que estés preparado para estar en su reino.

Está allí para que “[el misterio de Dios](#)” sea “[consumado](#)” y pueda reunir de entre toda nación, tribu, lengua y pueblo un remanente de creyentes. Él va a “[presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre](#)”, de forma que en su boca no sea “[hallada mentira](#)”, y pueda comparecer “[sin mancha delante del trono de Dios](#)” (Colosenses 1:28; Apocalipsis 14:5). Los “[relámpagos, voces y truenos](#)” de esta tierra no debieran ser el centro de nuestra atención. Fijemos nuestra atención en Cristo el Salvador, y en la labor que está ahora llevando a cabo en su templo.